

guerra en España. A pesar de su ortodoxia y fidelidad a Stalin, Koltsov no pudo evitar el letal efecto de las purgas, siendo detenido durante más de un año y posteriormente juzgado y fusilado el 1 de febrero de 1940.

*Idealistas bajo las balas* pone de relieve cómo a pesar de las simpatías de buena parte de los periodistas por la causa de la libertad y la democracia, postulados de la República, se podía realizar un ejercicio profesional contrastado y riguroso. Es el caso de Henry Buckley, corresponsal de *The Daily Telegraph* y autor del imprescindible relato periodístico *Vida y muerte de la República española* (Espasa, 2004); de Louis Fischer, enviado por el neoyorkino *The Nation*, que se afilió a las Brigadas Internacionales para materializar su compromiso antifascista y relatar en primera persona las dificultades impuestas en el frente por la nefasta política internacional de no intervención; de Geoffrey Cox, Herbert L. Matthews o de Jay Allen, gran conocedor de España y autor de tres de los artículos más citados e influyentes de la contienda: una entrevista a Franco en la que el dictador no duda en afirmar que

acabaría con media España para imponer su orden, una descripción de la toma y masacre de Badajoz –también el portugués Mario Neves realizó un estremecedor relato de la barbarie–, y fue autor igualmente de una entrevista al fundador de Falange José Antonio Primo de Rivera, muy poco antes de ser fusilado. Otra pieza periodística memorable, también recogida por Preston, fue la redactada por George Steer, corresponsal de *The Times* que no sólo reveló la intervención nazi en la guerra, sino que describió el bombardeo de Guernica que los facciosos atribuyeron a los propios republicanos.

El gran trabajo del historiador Paul Preston constituye un inequívoco homenaje a los corresponsales extranjeros en la guerra española, algunos de los cuales perdieron la vida en el frente, otros fueron heridos y muchos tachados de agentes comunistas por su fidelidad al oficio de buscar la verdad, incluso cuando resultaba abiertamente incómoda y oxidante. –VÍCTOR PARDO LANCINA.

Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Barcelona, Debate, 2007.

## Un manual para «enfermos de literatura»

**P**ARECE obvio recordar que el autor y el personaje de la ficción contemporánea está descolocado y que ya no posee la situación privilegiada, omnisciente, que lo situaba como demiurgo del uni-

verso narrativo. Esa pérdida de la imagen antropocéntrica está jalada de antihéroes marginales poblando con su angustia, náusea, *detresse* o indiferencia las páginas de la mejor narrativa del siglo XX, herederos de los «humillados y ofendidos» memoriosos del subsuelo de Dostoievsky. Un desajuste que la crítica coincide en señalar como origen de la profunda renovación del género novela, tanto en lo formal como en lo sustancial, y del ensalzamiento de la condición errática y desarraigada, del vagabundeo, del exilio y la marginalidad decidida como opción de vida y escritura. El *outsider* –tan bien diagnosticado por Colin Wilson– reivindica la impertinencia y la locura como un derecho a la diferencia y en su optar por la excentricidad, salirse del sistema, fuera de las opciones mayoritarias, elige el sesgo tangencial o la línea oblicua a la que la creación invita. Bordea así los límites de lo real sin llegar a franquearlos, anuncia lo insólito y lo raro, cuando no fantástico, que se descubre gracias al punto de vista «extrañado» desde el que observa su alrededor como si fuera un extranjero situado en la periferia del mundo.

Esta actitud, cuya notas iniciales fueron las del «dandismo excéntrico» que inauguró «Baudelaire y Compañía», según la aguda definición de Roger Kempf, se convirtió en una auténtica postura vital que hizo del «culto a la diferencia» un principio, en el que se reconocen numerosos escritores contemporáneos: de Joyce y Kafka a Gadda y Gombrowicz, pasando por Camus en *El extranjero* y

Musil en *El hombre sin atributos* y el creador de heterónimos por antonomasia, el imprescindible Pessoa. Si la reflexión empieza siendo existencial y angustiosa (esas «conciencias desdichadas», al decir de Hegel, que ven «demasiado hondo y demasiado» y «miran el mundo a través de una mirilla», como confiesa el anónimo protagonista de *L'Enfer* de Henri Barbusse), se torna experimental y lúdica gracias a las vanguardias, especialmente el surrealismo. En el cuestionamiento del orden narrativo establecido, se desdibujan las fronteras de los géneros literarios, irrumpe el humor, lo grotesco y la ironía, la desmesura y el absurdo, el pastiche y la parodia. En todos los casos, haciendo de la reflexión sobre la literatura y el acto de la escritura, tema y argumento de la propia ficción, juegos alrededor de los «posibles laterales» de que habla Raymond Ruyer.

La literatura centro-europea y francesa (especialmente con el *nouveau-roman* y su pléyade de críticos-narradores y teóricos de su propia obra), aunque no deban olvidarse los italianos Pirandello y Calvino, prolongada en la explosiva creatividad de la narrativa hispanoamericana contemporánea, han instaurado a partir de estas premisas una auténtica tradición de la «anti-tradición», «tradición de la ruptura» como la llamara Octavio Paz. En este jardín de «apasionantes senderos que se bifurcan», al decir de Borges, figura Enrique Vila-Matas, un «enfermo de literatura» para el que la única medicina posible es esa misma literatura que lo aqueja.

Autor de culto en México, Argentina, Venezuela y Chile, traducido a la mayoría de lenguas de sus coetáneos europeos, Enrique Vila-Matas es, sin embargo, una *rara avis* en España, donde los autores de su estirpe no abundan o se los cantona al reducto de «literatos literarios», «narradores libresco» o «escritores para escritores». Un juicio, entre peyorativo y condescendiente, que debería erradicar la publicación de *Vila-Matas portátil. Un escritor ante la crítica* (Candaya, 2007), en lo que debe ser calificada de arriesgada y encomiable apuesta editorial.

Lejos del modelo de «actas de coloquio» de las ediciones universitarias, la edición que coordina Margarita Heredia, filóloga de la UNAM (México) ordena en un impresionante volumen de cuatrocientas setenta y cuatro páginas las contribuciones de más de cincuenta colaboradores alrededor de tres ejes: «Vila-Matas, por sí mismo, Vila-Matas por los otros y Vila-Matas filmado». En cada uno de ellos, en un logrado equilibrio, Heredia selecciona reseñas periodísticas de diarios y revistas, entrevistas y declaraciones del autor, testimonios personales de reconocidos escritores y –para felicidad de los *fans* de su obra– una película inédita, *Café con Shandy* de Enrique Díaz Álvarez. Una exhaustiva bibliografía –preparada, esta sí, con rigor académico por Fer-

nando Valls– completa un volumen que será imprescindible para todo lector o estudioso de la obra de este escritor catalán, felizmente atípico.

Los fervorosos acólitos de Vila-Matas en América Latina: Sergio Pitol, Rodrigo Fresán, Daniel Sada, Christopher Domínguez, Juan Villoro, Alan Pauls, el malogrado Roberto Bolaño, escriben junto a sus homólogos en la pasión (y enfermedad) literaria como Antonio Tabucchi y Soledad Puértolas, su editor Jorge Herralde y los críticos peninsulares –Mercedes Monmany, Juan Antonio Masoliver y el citado Fernando Valls– que han sabido descubrir en este extranjero vocacional que decidí aplicarse a sí mismo la ley de extranjería para dejar de ser un escritor español y habitar un «territorio sin aduanas», las líneas que pueden salvar la narrativa hispánica de una ramplona rutina.

Porque, en el malestar y el desconcierto –ese desasosiego que inmortalizó Fernando Pessoa en *El libro del desasosiego* y que Freud definió como el *Unheimlich*<sup>1</sup>– que recorre la obra de Vila-Matas, en la deliberada ambigüedad que ostenta como virtud literaria, en la fuga permanente de cualquier centro, en la feliz alegría con que despliega el malabarismo de sus juegos especulares, se abren las puertas a una dirección renovada de las letras españolas, donde coexisten en forma poligenérica el

(1) Antonio Tabucchi recuerda en «El hilo del desasosiego» (conferencia pronunciada en Casa de las Américas, La Habana, 21 enero 2002) cómo Freud analizando un cuento de Hoffmann se refiere a la sensación de *Unheimlich* como el extrañamiento respecto a una circunstancia o situación que provoca malestar, desasosiego que puede ser también familiar o en relación al propio hogar.

ensayo, la crónica, la novela y ese género híbrido reivindicado con ironía por el propio autor: la auto-ficción.

En ese confundir vida y literatura, «los hijos sin hijos» –que da título a una de sus obras– «la caravana de fantasmas ambulantes, ciudadanos anónimos, hombres de zapatos desatados, pobres personas», «los de abajo», como los habitantes de Malá Strana, el barrio evocado por Jan Neruda y recorrido por Vila-Matas en su peregrinar praguense, esos seres que buscan empecinadamente «llegar a ser nadie», forman parte de un universo de marginales y fracasados, impostores, hombres sin equipaje que, sin embargo, a veces escriben.

Porque, finalmente, para los «enfermos de literatura» escribir es la

única forma interesante de estar en el mundo, aunque sea esta una «extraña forma de vida» como tituló una sus novelas y ello «aunque no entendamos nada», como tituló un memorable ensayo. Y lo más importante es que ello da felicidad, «porque la alegría también existe», según nos recuerda como moraleja de la sutil «filosofía de la ficción» que practica y en la que, gracias a la larga cincuenta de contribuciones de *Vila-Matas portátil*, podemos iniciarnos en el desconcierto que provoca la buena literatura. –FERNANDO AÍNSA.

*Vila-Matas portátil. Un escritor ante la crítica.*  
Edición de Margarita Heredia, Barcelona, Candaya, 2007.